les ilícitas, y por tanto de las antinaturales, o sea, la abstención del vicio de la impureza.

Es un error combatir el «sida» mediante el uso de preservativos, porque esto favorece que los contactos sexuales se multipliquen y sean más frecuentes. En una Conferencia Episcopal de Estados Unidos se ha dicho: «Frente al sida: castidad, no preservativos»...

3) *Los homosexuales.* Conviene saber que el matrimonio es fundamentalmente uno, esto es, de un hombre con una sola mujer. Lo homosexual está rechazado en la Biblia, y como ha dicho el Papa es algo vergonzoso, antinatural y un atentado contra el verdadero matrimonio y contra las familias.

El sexto mandamiento de la ley de Dios dice: No cometerás actos impuros, y prohibe los pensamientos consentidos, palabras y obras en materia torpe, o sea, cosas deshonestas, ya solitariamente, ya en complicidad con cualquiera de los dos sexos. Ellos son promotores de la enfermedad del sida y sufrirán las consecuencias y será como castigo de Dios, como nos dice San Pablo escribiendo a los Romanos (1,18-32).

Sé hombre de carácter

Vivía en Italia un escultor alemán llamado Achtermann. Una comisión le encargó la ejecución de un grandioso monumento. Vio el boceto y, en él, figuras indecentes, desnudeces, por lo que dijo enfáticamente:

Yo no hago este trabajo. Y devolvió el boceto. La comisión se interesó en que él lo ejecutara y declaró hallarse dispuesta a aumentar los honorarios. Achtermann declaró entonces: «Italia no tiene bastante dinero para hacerme renunciar a mis convicciones e ir contra mi conciencia».

Ahí tenéis al hombre de carácter que no se doblega ante nada, cuando se trata de traicionar a su conciencia, pisotear su religión y sus convicciones.

Hoy se habla bastante de virtud y se admira, pero no se practica, y ¿por qué? Porque faltan hombres de carácter. Hay mucha frivolidad, se quiere vivir para gozar y divertirse... Esto es propio de espíritus vanos y superficiales... Lo que necesita nuestra sociedad es un verdadero cambio, una preparación moral que haga surgir corazones decididos a enfrentarse con el mal

y con toda clase de pasiones, voluntades de hierro capaces de todos los quereres que empiecen por la reforma de sus vicios y adquisición de la virtud que tanto nos eleva y engrandece.

Necesitamos hombres de carácter, y el verdadero carácter es fuerza o energía constante de la voluntad en orden al bien. Uno sabe que la impureza degrada y envilece lo mismo que la blasfemia, la embriaguez, las diversiones indecentes y otros vicios, pues lo que debe hacer es fortificar su volun-tad para seguir el camino constante de la virtud y oponerse al del vicio y al pecado.

La fuente de casi todos nuestros defectos es la falta de voluntad fuerte..., de un «quiero» hacer esto cueste lo que cueste..., y si pone manos a la obra, lo logrará. Para ser sabios y santos hace falta una voluntad firme de no perder el tiempo en orden al estudio y a la adquisición de la virtud.

No seas sólo católico de nombre

Paseándose un día por los jardines del Vaticano, el Papa Pío X preguntó a los

cardenales que formaban su séquito qué creían que faltaba a la Iglesia.

—Santísimo Padre —dijo uno de ellos—, escuelas católicas. No, respondió el Papa, tenemos suficientes y buenas, donde la juventud puede aprender a su antojo las ciencias, las artes y hasta los dogmas de la fe.

—Lo que faltan, son iglesias, dijo otro. Tampoco, repuso el Pontífice, pues tenemos templos magníficos que invitan a la plegaria.

—Lo que falta, repuso el tercero, son sabios sacerdotes. Y el Papa replicó. Está bien que se formen en ciencia, mas los apóstoles fueron ignorantes, y lo que nos falta, sobre todo en la Iglesia son seglares verdaderamente católicos.

Y ¿qué se necesita para ser uno católico práctico? Para ser católico práctico y pertenecer a la Iglesia son necesarias estas tres condiciones: 1ª Creer en Jesucristo y su doctrina; 2ª estar bautizado, y 3ª obedecer al Papa. (Notemos que los protestantes por no cumplir la tercera condición, se llaman «cristianos», pero no son «católicos»).

Hoy son necesarios católicos no de solo nombre, sino de veras, que conozcan bien

a Jesucristo, que acepten su persona y sus enseñanzas, y obedezcan al Papa, como Vicario de Jesucristo. A este fin, todos deben instruirse y leer la Biblia, especialmente los Evangelios, porque en ellos tenemos la vida de Jesucristo, sus milagros y profecías, fundamento de nuestra fe.

Además de un católico práctico debe ser fiel cumplidor de los mandamientos de Dios y de su Iglesia, y frecuentar los sacramentos instituidos por el mismo Jesucristo.

Debes profesar la religión verdadera

De Luis de Condé, uno de los más valientes generales del siglo XVII, se cuenta que, todavía niño, tuvo dudas sobre la religión. Encontraba entre sus antepasados a católicos y a protestantes. ¿A cuáles seguir? ¿A qué culto atenerse? Pero Condé se puso a estudiar la religión, a leer libros de gente erudita y brilló en su inteligencia la luz de la verdad; se aferró a ella, despreció sus dudas y vino a ser un católico apologista de la religión.

¿Cuál es la religión verdadera? No faltan en nuestros días quienes nos hablen de

diversas religiones e iglesias y múltiples sectas, y terminan diciendo que todas las religiones son buenas, mas como todas no profesan los mismos dogmas, ni tienen el mismo Credo, no podemos menos de decirles que no puede haber más que una religión buena y verdadera, porque no hay más que un solo Dios y una sola manera de honrarle. La religión, pues, verdadera es la que nos viene de Dios, la que Dios mismo nos ha revelado.

Hoy se habla de la iglesia anglicana y de las diversas iglesias protestantes y de innumerables sectas; pero tenemos que decir que sólo hay una Iglesia verdadera, que es la fundada por Jesucristo. Él para fundar su Iglesia eligió a doce apóstoles y puso al frente de ellos a Pedro, que fue el primer Papa. Desde Pedro a Juan Pablo II ha habido 264 Papas.

Jesucristo fundó sólo una Iglesia sobre Pedro, al que le dijo: *«Tu eres Pedro* (la piedra) *y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno* (las heregías y persecuciones) *no prevalecerán contra ella»* (Mt. 16,18-19). Notemos que Jesucristo dijo en singular *«MI Iglesia»*, y a sus apóstoles es a los que les dio la misión de

predicar el Evangelio por todo el mundo (Mc. 16,15-16) y el poder de perdonar los pecados (Jn. 20,23)...

Ninguna de las iglesias o sectas existentes hay que puedan trazarnos su genealogía desde Cristo y sus apóstoles.

—La iglesia Luterana fue fundada por Lutero en 1517.

—La iglesia anglicana, por Enrique VIII en 1534.

—La secta de los Mormones, por José Smith en 1830.

—Los Adventistas, por Guillermo Miller en 1831... Luego dividida en 1844 y surgieron los Adventistas del séptimo día...

—Los testigos de Jehová, fue fundada por Carlos Taze Rusell en 1870, modificada por su discípulo Rutheford en 1918.

En nuestros días han surgido otras muchas sectas, y como puede verse no tienen origen apostólico, no están unidas al sucesor de Pedro, ni tienen la misma fe o Credo, ni lo pueden tener porque profesan el «libre examen» o libre interpretación personal de la Biblia y no reconocen el magisterio supremo de la Iglesia Católica. Por eso dijo Balmes: «Si se consideran juntas, no tienen unidad, y si separadamente, no tie-

nen catolicidad», y sabido es que tienen diversos credos.

En consecuencia: Sólo la Iglesia católica es la verdadera, y se prueba su divinidad por el cumplimiento de las profecías y milagros, obrados por Jesucristo; por los millares y millares de mártires, que ofrendaron su sangre para dar testimonio de la religión católica, y por la propagación de la misma religión a pesar de tantos obstáculos y persecuciones...

Además Cristo se distingue de todos los fundadores de otras religiones como Buda, Confucio, Mahoma, etc., por el prestigio de su Evangelio, por sus milagros y profecías, ¿quién ha curado y resucitado a tantos muertos como Jesucristo? ¿Quién se ha dejado matar y resucitar al tercer día como Él? De Él hablan las Sagradas Escrituras y sólo Él es el verdadero Mesías y a su vez el único Dios verdadero.

Destina un rato todos los días a leer la Biblia

San Antonio Abad, que vivía en el desierto de la Tebaida, recibió un día una car-

ta del emperador Constantino el Grande. Sus discípulos estaban maravillados y así se lo declararon, de que el emperador le hubiese distinguido con una carta de su propio puño. Pero el santo dijo: «Mucho más debierais maravillaros que nuestro Señor, Rey de todos los reyes, nos haya enviado a nosotros, pobres hombres, una carta suya, es decir, las Sagradas Escrituras».

La Biblia o Sagrada Escritura es el libro primero y principal de todos, porque contiene y es la palabra de Dios.

La Biblia es «la palabra de Dios escrita» (Conc. Trento), «una carta de Dios omnipotente a los hombres» (S. Greg. Magno, San Agustín y otros).

Jesucristo le dio una autoridad divina e infalible y dijo que la Biblia trataba de Él. Sus palabras fueron éstas: *«Investigad las Escrituras, ellas son las que dan testimonio de Mi»* (Jn. 5,39). *«Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito de Mi en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos»* (Lc 24,44-46).

El Concilio Vaticano II nos exhorta a leer con frecuencia la Santa Biblia: porque «desconocer la Escritura es desconocer a Cristo».

Entre los libros de la Biblia sobresalen los Evangelios, por contener la vida y los milagros de Jesucristo. Todos debieran leer al menos un capítulo diario de ellos y luego de los Hechos de los Apóstoles y seguir por los libros más fáciles de la Biblia para ir conociendo mejor a Jesucristo.

San Agustín nos dice: «Leed con frecuencia las Escrituras y no amaréis los vicios de la carne», y también S. J. Crisóstomo: «Leed las Escrituras que son un poderoso preservativo contra el pecado».

La Biblia lleva el sello de Dios

En cierta ocasión decía un caballero, alejado de los principios religiosos, a una hermana suya, religiosa carmelita: «No me explico tu modo de vivir, no comprendo el porque de tantas privaciones y sacrificios. ¿Qué te propones con ello?

La religiosa respondió: Me propongo ganar el cielo, y lograr que otras almas, alejadas de Dios, se vuelvan a Él.

—Y ¿cómo sabes que lo vas a lograr con estos medios? —Así me lo enseña la Sagrada Escritura.

—Y ¿quién te ha dicho que la Sagrada Escritura dice la verdad? ¿No pueden ser falsos sus consejos? —Dime tu, ¿cómo sabes que en tu oficina de Hacienda una orden viene del ministerio del ramo? Pues averiguando la firma y el sello del ministro. ¿Por qué lo dices?

—Porque eso he hecho yo también; he averiguado que la Sagrada Escritura lleva el sello de Dios. Y ¿cuál es el sello de las obras de Dios? El milagro y la profecía. ¿Quién ha dado vista a tantos ciegos y resucitado muertos como Jesucristo? Él es Dios. Lee despacio los Evangelios y te convencerás.

Hoy propiamente no hay incrédulos, sino ignorantes en religión. Si muchos empezaran por adquirir un Catecismo elemental de religión, y leyeran los Libros Santos, inspirados por Dios, empezarían por adquirir la fe y ser verdaderos creyentes. Para un católico la Biblia interpretada por el Magisterio de la Iglesia es la norma de su fe.

Ten en gran estima la Tradición Apostólica

¿Sabes dónde tenemos las verdades re-

veladas por Dios? Estas verdades están especialmente en la Biblia transmitidas fielmente por la tradición apostólica o Magisterio supremo de la Iglesia. Sin la tradición no nos constaría qué libros pertenecen a la Biblia.

Disputaban un católico y un protestante que todo cuanto Dios nos ha revelado se encuentra de lleno en las Sagradas Escrituras, y que por tanto la Tradición es superflua.

Dijo entonces el católico: «Dadme vuestra Biblia y os voy a demostrar enseguida que la Tradición es necesaria». Diósela el protestante, y el católico, después de haberla hojeado un rato, se la devolvió diciendo: «Caballero, yo os he pedido la Sagrada Escritura y no este libro de fábulas». El protestante contestó irritado: «Si este libro es precisamente la Sagrada Escritura. El católico replicó: ¿Cómo me podéis demostrar que este libro es en verdad la Sagrada Escritura? Contestación del protestante: «Me consta que lo es por mi padre y por sus antepasados, que durante muchos siglos lo han venerado como un libro divino».

Repuso entonces el católico: «Ahora me salís con la tradición, después de no haber-

la querido reconocer al principio». También hay que decirle a los protestantes: ¿Por qué sabéis que la Biblia tiene para vosotros 66 libros, si la misma Biblia no lo dice? Forzosamente tenemos que admitir la Tradición, pero la Tradición Apostólica, por cuanto el Magisterio Supremo de la Iglesia a través de los siglos desde Jesucristo y los apóstoles nos ha ido diciendo cuál es el catálogo de los Libros Sagrados. Y estos libros no son sólo 66, sino 72.

Documento antiquísimo de verdadera tradición

San Ireneo año 120-202) en un escrito contra los herejes, reproduce la lista de los obispos romanos, tal como se transmitía con solicitud en la comunidad romana. Nombra los siguientes sucesores de Pedro, primer Papa: 1° Lino; 2° Anacleto; 3° Clemente; 4° Evaristo; 5° Alejandro; 6° Sixto; 7° Telesforo; 8° Higinio; 9° Pío; 10° Aniceto; 11° Eleuterio...

En esta sucesión, escribe él (el discípulo del amigo de los Apóstoles, Policarpo, que todavía pudo ver a Juan Evangelista),

nos ha llegado la tradición de la fe y el anuncio de la verdad desde los Apóstoles... y ello prueba de un modo definitivo que la misma fe vivificadora fue conservada en la Iglesia desde los mismos apóstoles hasta nosotros, y nos fue transmitida con fidelidad.

Un historiador protestante, Gaspar, dice que esta lista es «preciosa como documento antiquísimo de verdadera tradición»; y confiesa que los mencionados personifican en la Iglesia primitiva la idea de la autoridad y tradición apostólica, y no sólo para la comunidad romana sino para la Iglesia universal.

Recemos. Todos dependemos de Dios

El año 1787 Washington, primer presidente de Estados Unidos, tuvo consejo con 55 compañeros para tratar de puntos importantísimos que habían de decidir el porvenir del país. Franklin, ya entrado en años, se levantó y dijo: «Señores, recemos. Ya soy viejo, pero cuanto más vivo, con mayor claridad veo que el destino de la humanidad depende de Dios. Si sin su permi-

so, como leemos en el Evangelio, no cae un sólo pájaro, ¿cómo podría cobrar fuerza un país sin su auxilio? Todos dependemos de Dios».

Un día dijo Donoso Cortés: «El mundo va mal, porque hay más batallas que oraciones». Comentando estas palabras del célebre estadista español, Juan Pablo I en su breve pontificado de 33 días, dijo: «Sí, el mundo va mal porque hay más batallas que oraciones, lo que debemos hacer nosotros es procurar que haya más oraciones que batallas».

Jesús nos dice en su Evangelio: *«Es necesario orar siempre y no desfallecer»*. Oración es la elevación de la mente a Dios, es hablar conversar con Él para suplicarle, pedirle gracias y dárselas por tantos beneficios recibidos, y porque todos dependemos de Dios y de Él necesitamos, a Él debemos orar.

La oración es facilísima, está al alcance del pobre y del rico, del ignorante y el sabio, del niño y del anciano. En todas partes podemos orar y en todo momento. De hecho todos oramos de alguna manera. Ora el niño cuando le pide el pecho a su madre, ora el pobre cuando nos pide una limosna... y siendo todos pordioseros y necesitados de

salud, de virtud, de ciencia y de tantos bienes materiales y espirituales, ¿por qué no recurrir a Dios tan rico y omnipotente por ser el que puede ayudarnos a todos? Dios está siempre presente y lo está en todas partes y nos oye, y lo que hace falta es saber orar con atención, humildad, confianza y perseverancia.

Jesús nos enseñó la oración del Padrenuestro, que es corta y eficacísima... y en el Evangelio tenemos modelos de oraciones muy breves como la del ciego de nacimiento: *«Señor, que vea»* (Lc. 18,41), la del leproso: *«Señor, si tu quieres, puedes curarme»* (Lc. 5,12), etc...

¿Cuál es el mejor método para orar?

Preguntamos en una librería: ¿Cuántos métodos tiene usted para aprender inglés? Por toda respuesta nos enseñaron un estante y en él pudimos contar veintisiete métodos diversos, entre grandes y chicos. Preguntamos después cuál era el mejor. El dependiente sonriendo, nos respondió: Tome el que quiera que tan malo es uno cualquiera como los demás. ¿Entonces?

—Si quiere usted aprender inglés, váyase donde lo hablen y hable. Todo lo demás huelga.

Varias veces nos hemos acordado de esta respuesta cuando alguien nos ha preguntado cuál es le mejor libro para aprender a orar... Todos serán lo buenos que se quiera, pero nada puede compararse con la práctica.

Orar es la verdadera manera de aprender a orar. Orar, como hemos dicho, es hablar con Dios, comunicarnos con Él, pedirle gracias y dárselas por los beneficios recibidos...

En cualquier parte podemos orar, y con más recogimiento en el templo. Ponte allí de rodillas, actúate en la presencia de Dios, y dile: Señor, tu sabes bien lo que necesito, lo que necesita mi familia (expónle tus necesidades más urgentes y adórale... Rézale con humildad y confianza el Padrenuestro).

Un día se presentó a don Bosco un médico que tenía mucha fama por las estupendas curaciones que había hecho, pero que no creía en Dios. Cuando llegó a la habitación de don Bosco pidió al santo que lo curase, ya que lo había hecho con tantos otros.

Don Bosco le invitó a que se arrodillase y rezase. El médico en un principio se resistía, pues según decía, no creía en Dios, ni en la Virgen, ni en los milagros. El mal que padecía era la epilepsia. Convencido por fin por don Bosco, se arrodilló, hizo la señal de la cruz y se realizó el milagro.

Curó, se confesó y comulgó de manos del mismo don Bosco, y en lo sucesivo contaba a todos el milagro y decía: «Sólo de rodillas, sólo rezando se puede creer y curarse».

Todos necesitamos de Dios

Un librepensador se escandalizó al ver en el campo, durante las vacaciones, a una viejecita que siempre rezaba el rosario con devoción: «Mujer, le dijo, podías eximiros de ello con toda tranquilidad; el Señor no necesita de vuestras oraciones». Lo creo, contestó con calma la viejecita, pero yo le necesito a Él.

Dios que ha creado este mundo, nos ha creado a nosotros y nos ha dado inteligencia y ojos para ver la grandeza de sus obras y le alabemos (Eclo. 17,3) y por el salmista

nos invita a la alabanza: *«Alabad al Señor todas las gentes, alabadle todos los pueblos...»* (Sal. 117).

Dios, ciertamente, no necesita nada de nosotros, porque es eternamente feliz. El creó de la nada este mundo por su bondad, no para aumentar su bienaventuranza o adquirirla, sino para hacernos a nosotros felices.

San Agustín nos dice: «Te sugiero un medio para alabar, si quieres todo el día a Dios. Haz bien cualquier cosa que hagas y habrás alabado a Dios. La gloria de Dios es gloria nuestra... No crece Dios con nuestras alabanzas, sino que crecemos nosotros. No se hace mejor Dios si le alabas, ni peor si le vituperas, pero tu alabándole a Él que es bueno, te vuelves mejor, y vituperándole o blasfemándole, te vuelves peor... El seguirá siendo el mismo». Dios, pues, no necesita que le alabemos o glorifiquemos, sino que lo necesitamos nosotros para nuestro bien.

Tenemos que contar siempre con Dios

En todas nuestras obras y en nuestras

empresas, si queremos que nos salgan bien, contemos con Dios. En el año 1696 se erigió en la orilla norteña de Cornwalis (Inglaterra) un faro con esta inscripción: «¡Aullad vientos! ¡Encréspate mar! ¡Irrumpid elementos y probad mis muros!». Después de cuatro años un huracán derribó el edificio. Una segunda torre edificada en el mismo lugar fue destruida por el fuego.

Se erigió después una tercera torre con esta inscripción tomada de los salmos: *«Si el Señor no edifica la casa, en vano se afanan los que la fabrican»* (127,1). Esta torre está en pie aún hoy día y sirve de faro a millares de hombres. Y como este faro de Cornwalis, que en su primera época fue un orgulloso reto al mar, a los vientos y a cuanto pudiera destruirlo, y Dios lo destruyó fácilmente, así sucedió con el Titanic, trasatlántico inglés, de 47.000 toneladas, que fue presentado al mundo como buque indestructible. Algunos han dicho que apareció en él este letrero blasfemo: «Ni Dios lo hunde» y sucedió que en su primer viaje a Estados Unidos, para abatir tanto orgullo humano Dios no recurrió a los vientos ni al fuego. Plúgole hundir al coloso de los mares valiéndose de un trozo de hielo que flo-

taba en el agua. En la catástrofe perecieron 1.500 personas.

Cantaré eternamente las misericordias del Señor

Todos somos pecadores, pero Dios aún nos ama, y como leemos en la Biblia: *«Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva»* (Ez. 33). San Pablo nos dice: *«Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores»* (1 Tim. 1,15). Confiemos, pues, mucho en su misericordia.

He aquí un ejemplo de la misericordia de Dios para con el pecador arrepentido: En una misión de Aquisgrán el año 1868, el misionero contó una historia que impresionó profundamente al auditorio. Dijo así:

«Hace algunos años estaba una pobre madre en el lecho de la muerte, rodeada de todos sus hijos, excepto uno solo, que se hallaba en la cárcel condenado a cinco años de prisión por un delito que había apresurado sin duda la muerte de su madre.

Siendo vanas todas las tentativas para reclamar el preso, quiso la piadosa madre hacer un último esfuerzo y pidió que su hijo

viniese a su lecho de muerte. Transmitido el ruego de la madre al comandante de la fortaleza, permitió éste que el desventurado hijo, acompañado de guardias fuese conducido al lecho de la muerte de su madre. No podía ésta pronunciar palabra alguna, pero recogió sus últimas fuerzas y dio a su hijo una profunda mirada. Esta mirada maternal produjo el milagro.

Vuelto el hijo a su celda, cayó de rodillas y derramó abundantes lágrimas, después de lo cual borró sus pecados con una dolorosa confesión, pero fue más lo que hizo con él la gracia de Dios: una vez cumplida la condena se hizo sacerdote. Pues bien este hijo soy yo.

Cobrad, pues, queridos hermanos, ánimo y confianza; pueden ser enormes los pecados, pero la misericordia y la bondad de Dios es mayor todavía».

Estas palabras del predicador conmovieron a todos los oyentes, que concibieron una gran confianza en la misericordia de Dios y confesaron con gran dolor sus pecados.

Procura la verdadera felicidad

Muchos buscan la felicidad en las riquezas, en los placeres y honores; pero todo esto no llena el corazón del hombre y son pura vanidad.

A Salomón, según refiere la tradición, se le consideró como el rey más feliz que gozó de los mayores honores y de los mayores bienes y de toda clase de placeres; mas él mismo confesó al fin de su vida, que en donde creía encontrar la felicidad, no halló sino vanidad, y así exclamó: *«Vanidad de vanidades y todo vanidad»*. El Kempis añadirá: «Vanidad de vanidades y todo vanidad fuera de amar a Dios y servirle».

A Eva Lavalière, joven actriz, a quien el público de París idolatraba y la prensa la declaraba la sin par, ¡la única!, cuando corría tras los placeres y diversiones del mundo, decía a su amiga Leo en la intimidad: «Tengo cuanto se puede ambicionar en este mundo para ser feliz: tengo oro, joyas, autos..., y sin embargo soy la más desgraciada de las mujeres».

En el mundo todo lo había encontrado menos la felicidad; mas considerando la

vanidad de las cosas terrenas, vuelta a Dios por una confesión general de sus pecados y por el arrepentimiento de su mala vida, fue cuando se le oyó exclamar: «Nunca he sido más feliz como el día que encontré a mi Dios».

Y ¿qué sucedió a San Agustín después de haberse entregado a los placeres del mundo? Al ver que las pasiones le dejaban el corazón vacío y no le proporcionaban la felicidad que buscaba, vuelto a Dios, exclamó: «Nos hiciste Señor para Ti e inquieto está nuestro corazón mientras no descanse en Ti».

Si el rico no puede llevar consigo sus riquezas y tiene que dejarlas aquí al morir, ¿podrá estar la felicidad en lo que tiene fin o en los estrechos límites del tiempo? «La verdadera felicidad no se encuentra en las cosas de la tierra, sino en Dios y solamente en Él» (Hno. Rafael).

Sé hombre de fe

Un ejemplo maravilloso de fe lo tenemos en Abraham. Dios le habló varias veces y un día le prometió multiplicar su des-

cendencia como las estrellas del cielo; mas ve pasar el tiempo sin tener hijos, y al llegar a los cien años le concede a Isaac, y cuando era mayorcito, lo somete a una prueba pidiéndole que lo sacrifique. Abraham no dudó en acatar la palabra de Dios.

Él tomó a su único hijo, al que tanto amaba, y parte para el monte señalado, y se iba diciendo: Si Dios me ha dicho que me va a dar gran descendencia, *«poderoso es Él para resucitarlo,»* y cuando se dispone a sacrificarlo en el monte Moriah, el ángel del Señor detiene su brazo y le dice: *«No hagas nada al niño, porque Dios ha visto que le temes y por Él no has perdonado a tu hijo único»*. Abraham creyó en la palabra de Dios, y es considerado como el *«padre de los creyentes»*.

En el Evangelio se nos plantea el problema de la fe, en las palabras que dijeron los apóstoles, una vez que Jesús calmó la tempestad del Mar de Tiberíades: *¿Quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen?* (Mc. 4,37). ¿Quién es este hombre? ¿Quién es Jesucristo para que creamos en Él? ¿Qué doctrina es la suya? ¿Quién es este que resucita a los muertos, da vista a los ciegos y hace tantos milagros?

Los innumerables milagros, juntamente con las profecías son el sello de la divinidad de Jesucristo.

Fe es una respuesta que damos a la palabra de Dios y por eso hacemos y creemos lo que Dios nos dice. También decimos: Fe es creer lo que no vimos por el testimonio de otros. *La fe humana* se apoya en la palabra de otros hombres, y la *fe cristiana divina,* se funda en la palabra de Dios, y porque Él nos habla en la Biblia, le creemos.

Fe es, pues, creer en Jesucristo y en su doctrina, o sea, aceptarla por la autoridad de Dios que nos la revela y porque la Iglesia nos la enseña.

La creencia en Jesucristo y en su doctrina nos viene por el oído, es decir, por haber oído hablar de Él, y por eso el mismo Jesucristo nos dice: «El que creyere el Evangelio y se bautizara, se salvará» (Mc. 16,15-16). Creamos, pues, en Jesucristo, pues «jamás persona alguna habló como Él» (Jn. 7,46).

Jesucristo es el gran profeta, acreditado por Dios, a quien mataron los pecadores (entre ellos nosotros) y que ahora está otra vez vivo y triunfante. Él es el que murió por nuestros pecados según las Escrituras y fue

sepultado y resucitó al tercer día (1 Cor. 15,4-5) para nunca más morir (Rom. 6,9), y es el que nos dice que el que crea en Él y le siga, le dará también capacidad para dominar la iniquidad y la muerte y obtendrá la vida eterna.

Profecías de Jesucristo

Para que conozcamos que Él es no sólo un mero hombre, sino Dios, fijémosnos en algunas de ellas. Jesucristo es el centro de la Biblia. Todas las profecías del Antiguo Testamento convergen en Él. Isaías ocho siglos antes anunció que nacería de una virgen y que sufriría una pasión ignominiosa, y Miqueas dijo que nacería en Belén (Véanse 12 profecías enumeradas en mi libro: JESUCRISTO, ¿quién es y qué nos dice?» todas cumplidas en Él).

Entre otras muchas de sus profecías tenemos las siguientes:

—Jesucristo predijo su muerte en Jerusalén (Lc. 13,12) y que sería azotado, crucificado y muerto y al tercer día resucitaría (Mt. 20,17); predijo también la traición de Judas (Jn. 13,26) y Pedro le negaría tres veces...

También vaticinó que Jerusalén sería sitiada y destruido su templo, del que no quedaría piedra sobre piedra (Lc. 21,6), y desde que los ejércitos romanos, al mando del general Tito, el año 70, lo destruyeron, no se ha podido volver a construir. Jesús les dijo a los judíos: *«Vuestra casa (o sea el templo), quedará desierta»* (Mt. 23,38), y sucedió que para desvirtuar esta profecía y tacharla de falsa públicamente, *Juliano el apóstata* concibió el plan de hacer nuevamente de Jerusalén el punto céntrico del pueblo judío mediante la reconstrucción del templo. Veamos lo sucedido. Los mismos judíos tuvieron el mayor interés en la realización de este proyecto, acudiendo en gran número de todas partes.

Se dio comienzo a los trabajos, mas al poco tiempo se tuvo que renunciar, a pesar de obstinados intentos, a su realización. Los antiguos relatos señalan como causa una serie de sucesos maravillosos que destruyeron las máquinas y pusieron en fuga a los obreros o bien los dejaron malparados con golpes y heridas: ráfagas impetuosas de vientos, rayos, terremotos, fuego que salía de los cimientos... (Los pormenores están consignados por historiadores no sólo cristianos, sino también profanos).

Pecados que hemos de evitar

Toda clase de pecado se debe evitar, pero especialmente los llamados «capitales», que son siete, y son como cabeza, fuente y raíz de todos los demás pecados. Como la doctrina sobre estos pecados la tengo ya expuesta en otros libros, aquí resumiré lo más esencial que podemos decir de ellos. Los siete vicios o pecados capitales constituyen cierto ejército infernal, cuyo jefe es la soberbia.

1) Soberbia

Soberbia es un apetito desordenado de la propia excelencia, es decir, es no estimar a otros y querer ser preferido a ellos.

«Del orgullo nace el desprecio a los pobres, la codicia del dinero, el amor del dominio y deseo de gloria. El orgulloso no puede sufrir ninguna prueba de ninguna parte que venga, ni de los superiores ni de los inferiores» (S. J. Crisóstomo). «De todos los orgullosos el más insoportable es el que cree saberlo todo» (Filomeno). «El orgullo es el complemento de la ignorancia». El orgullo es vicio opuesto a la humildad. Mientras el or-

gullo da origen a las discordias y pleitos, la humildad es madre de la paz y de la concordia. *«No te dejes llevar de la soberbia que es odiosa a Dios y a los hombres»* (Eclo. 10,6).

2) Avaricia

La avaricia es raíz de todos los males; hace perder la fe y nos arroja en medio de grandes dolores (1 Tim. 6,10). (El avaro en su locura) *amontona tesoros y no sabe para quien los reúne»* (Sal. 39,7).

«Guardaos de toda avaricia, porque, aunque se tenga mucho, no esta la vida —la felicidad— en la hacienda» (Lc. 20,15). *«Insensato, esta noche te arrancarán el alma y todo lo que estás acumulando ¿para quién será?»* (Lc. 12,20) San Basilio comenta: «¿Buscáis graneros? Ya los tenéis; esos graneros son el estómago de los pobres hambrientos».

La avaricia es un pecado grave, porque en la Biblia leemos: *«Los avaros no poseerán el reino de Dios»* (1 Cor. 6,10).

La raíz de todo mal no es el dinero, sino el amor al dinero. El rico Epulón se condenó no por ser rico, sino por hacer mal uso de las riquezas.

«Mejor es dar limosna que acumular tesoros, pues la limosna libra de la muerte y limpia de todo pecado» •(Tob. 4,7ss). Seamos desprendidos. *«El que da al pobre no conocerá pobreza»* (Prov. 28,27). «Cualquiera que desee más de lo que necesita, es avaro» (S. Agustín). Haz el bien posible a los pobres.

Hay varias maneras de dar: *dar* simplemente, sin mira alguna sobrenatural; *dar-negando,* lo que equivale a decir: «te doy esto que no debía dártelo», de hecho es como si no se diera nada, pues así no lo agradece Dios ni el prójimo; y *dar-dando,* esto es, con alegría y satisfacción de poder prestar un servicio, dar así es dar dos veces.

3) Lujuria o impureza

La Escritura Santa nos pide que seamos castos y recomienda la práctica de la abnegación y que pongamos freno a nuestros malos pensamientos y deseos, y a su vez mortifiquemos nuestros instintos pecaminosos, porque el pecado torpe envilece, degrada y esclaviza, y si se introduce en el alma, oscurece las cosas espirituales, por lo que San Pablo dice: *«El hombre animal no per-*

cibe las cosas que son del Espíritu de Dios» (1 Cor. 2,14).

Con la lujuria, dice Santo Tomás, el hombre se aleja infinitamente de Dios, y lo que tanto aleja es gravísimo pecado. *«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios»* (Mt. 5,8). *«Huid de la fornicación, ¿no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?»* (1 Cor. 6,15).

La castidad es una joya de inestimable valor, virtud que pregona entereza, limpieza y honestidad de cuerpo y alma.

Grandes son las tentaciones de la carne, y el que se deja llevar de ellas, muere para las virtudes y crece para los vicios.

4) Ira

«El tardo a la ira es prudente, el pronto a la ira hará muchas locuras» (Prov. 14,29). La ira origina disputas, querellas, injurias, maledicencias, calumnias, blasfemias... *«La respuesta suave quebranta la ira, mas una palabra áspera enciende la cólera»* (Prov. 15,1).

Preguntaron a Platón con qué señales se conocía al hombre sabio y cuerdo, y respondió: «Cuando le vituperan y le desgarran,

no se enfada; cuando le alaban no se enorgullece; pero el insensato es esclavo de la cólera, que no puede dominar sus pasiones». La ira es un gran mal... es una fiera que puede domarse. No te dejes llevar de ella. Antes de hablar, dice una sentencia árabe, da cuatro vueltas a la lengua». Puedes también contar despacio hasta diez antes de contestar, o espera al día siguiente, y estarás más tranquilo y ecuánime para dar respuesta adecuada.

5) Gula

Gula es un apetito desordenado de comer y beber. «Hay, algunos, dice Séneca, que viven para comer; pero yo como para vivir». Los excesos de la mesa originan el embrutecimiento, la lujuria, enfermedades, riñas, embriaguez... Contra la gula sobriedad... La templanza y la sobriedad proporcionan salud, sabiduría y santidad.

6) Pereza

Pereza es caimiento de ánimo en el bien obrar, es como un apetito desordenado de reposo y de no hacer nada. La ociosidad es

madre de todos los vicios, ella produce la afeminación de la carne, engendra el orgullo... El agua que no corre, se corrompe.

El perezoso es un ser inútil, ¿para qué sirve su vida? Es la higuera del Evangelio que ocupa inútilmente la tierra... El campo del perezoso está lleno de ortigas y malas hierbas. El perezoso *querría* ser sabio y hasta santo... *querría,* pero «no quiere», no pone los medios... Y para ser sabio hay que estudiar mucho, y para ser santo practicar las virtudes cristianas...

Contra pereza diligencia... «El hombre para ser hombre necesita tres partidas: hacer mucho, hablar poco y no alabarse en su vida»...

7) Envidia

Envidia es un pesar del bien ajeno, es el odio por la felicidad de los demás (S. Agustín). Este es un pecado mezquino y miserable, la más baja y odiosa de todas las pasiones; de ella nacen el odio, la ira y la venganza... Ejemplos: Caín por envidia mató a su hermano Abel... Los hermanos de José quisieron matarlo y terminaron vendiéndolo...

El que denuncia por envidia o hace injustamente mal a otros con perdida de bienes, está obligado a repararlo...

Contra envidia, caridad... Haz bien a todos y alégrate con los que se alegran. Evita la envidia, porque es una de las enfermedades más crueles...

Consecuencias: Después de saber la malicia y fealdad del pecado, la consecuencia es que debes evitarlo a toda costa. En la Escritura leemos: «*¿Has pecado? No vuelvas a pecar más. Como de la serpiente huye del pecado, porque si te acercas te morderá. Dientes de león son los suyos, que dan muerte a los hombres*» (Eclo. 21,1-4).

Debemos, pues, huir del pecado con el mismo horror que huimos de la serpiente, cuya mordedura venenosa, sabíamos nos haría morir, y con la misma diligencia con que escaparíamos del león, cuyas garras nos destrozarían. Si esos animales causarían la muerte del cuerpo, el pecado mata la vida del alma, y Jesucristo nos dice que Él ha venido para que las almas tengan vida, la vida de la gracia, que es la que nos pone en el camino de la salvación. Piénsalo bien. ¡Se vive una sola vez! Limpia, pues, tu alma del pecado.

Aprende a sufrir

El sufrimiento es inevitable, y como ha dicho Juan Pablo II: «El tema del sufrimiento es un tema universal, que acompaña al hombre a lo largo y ancho de la geografía», y tan extendido está en el mundo, que éste lleva el calificativo de «valle de lágrimas».

Dios no hizo el dolor y la muerte, pues entraron en el mundo por el pecado original. El origen, por tanto, del dolor y de todos los sufrimientos fue este pecado actualmente también nuestros pecados personales.

San Pablo dice: *«Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte; y así la muerte pasó a todos los hombres por cuanto todos habían pecado en Adán»* (Rom. 5,12).

Otros males y enfermedades que sufren los hombres, en muchos casos, son el resultado de la sensualidad y de la intemperancia (Véase cómo muchos sufren por glotonería) (Eclo. 31,24 y 27), por embriaguez (Eclo. 31, 36-40) y por darse el deleite o placeres impuros (Prov. 21,27)...

La cuestión del problema del dolor la veríamos con mayor claridad, si pensáramos que la causa de muchas desgracias, mise-

rias y enfermedades no es otra que el hombre. En los Proverbios leemos: *«La necedad del hombre tuerce sus caminos y luego le echa la culpa a Dios»* (19,3). Hay que reconocer que muchas veces nos quejamos de la Providencia cuando los verdaderos autores de nuestras desgracias hemos sido nosotros mismos con nuestro obrar irreflexivo e imprudente.

Tenemos que pensar que Jesucristo que vino a darnos ejemplo de vida, sufrió mucho para salvarnos, y nosotros tenemos que seguirle, y para que nuestros dolores tengan méritos redentores, tenemos que unir nuestros dolores a los suyos. No desesperemos jamás ante el dolor, aceptémoslo con resignación cristiana y conformémonos con la voluntad de Dios, diciendo: «Hágase tu voluntad», y pensemos que *«los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros»* (Rom. 8,18).

El cielo, morada de Dios y de los santos y de los que parten de este mundo en gracia, es una realidad de la que nos habla la Sagrada Escritura, y en él ya *no habrá lágrimas, ni muerte, ni dolores* o sufrimiento alguno (Apoc. 7,16; 21,4), sino di-

cha eterna indescriptible (Mt. 25,46; 2 Cor. 2,9).

Nuestro deber como cristianos es vivir con la esperanza de ir a él, y jamás desanimarnos, porque ahora en la vida presente nos toque sufrir, pues como dice el apóstol: *«Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de Dios»* (Hech. 14,22).

¿Cómo me presentaría yo ante el juicio divino?

Allá por el año 1882 toreaba en la plaza de Madrid el famosísimo Rafael Molina «Lagartijo». Junto a la puerta de entrada se había quedado formando corro varios banderilleros de diferentes cuadrillas. Uno de los peones de la lidia, en una exclamación espantosa, lanzó una blasfemia horrible. Al oírlo Lagartijo, se dirigió al imprudente blasfemo y le dijo:

Oye, tú, ¿con qué cara te presentarías delante de este divino Señor que acabas de insultar si te cogiera un toro esta tarde? — El banderillero, con visible emoción balbuceó torpemente algunas palabras de excusa, y en cuantos presenciaron la escena no

dejaron de hacer impresión las palabras del maestro.

Si Dios te llamara ahora a cuentas, ¿no tendrías algún pecado de los que la conciencia te acusa? En la Biblia leemos: *«Está decretado morir una vez, y después de esto el juicio»* (Heb. 9,27). *«Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo para que reciba cada uno su merecido según lo bueno o malo que hubiera hecho»* (2 Cor. 5,10).

Vivamos con temor de no querer ofender a Dios en adelante. *«Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el hombre todo»*. Esta es la razón de ser de nuestra existencia. Si viviéramos con el temor de Dios seríamos apóstoles al igual que un niño de 10 años respecto a su padre blasfemo.

En Namur (Bélgica) un niño de 10 años que frecuentaba las Escuelas Cristianas tenía, por desgracia, un padre blasfemo. Un día el niño volvió a casa más tarde de lo acostumbrado, lo que bastó para que el padre desencadenase las más bárbaras blasfemias. El niño horrorizado, se postró de hinojos ante el padre y exclamó entre lágrimas:

—Si quiere, pégueme; estaré contento; mas ¡no maltrate el nombre de Dios! La lección sirvió, y el blasfemo, habiendo reflexionado un poco, desde aquel momento no volvió a blasfemar.

¿Puede castigar Dios con el infierno?

Muchos no creen en el infierno, pero conviene que sepamos que no es una fábula, sino una tremenda realidad y no podemos ponerlo en duda. Es un dogma de fe revelado muchas veces en la Biblia, y claramente en estas palabras de Jesucristo: «Un día dirá a los impíos: *apartaos de Mi malditos al fuego eterno...* y *éstos irán al suplicio eterno y los justos a la vida eterna*» (Mt. 25,41 ss).

Muchos dicen: Dios es Padre y no puede castigar con penas eternas. Ciertamente Dios es Padre misericordioso, pero también es justo, Dios no es culpable de su perdición. Si uno cierra la ventana para que no entre en ella el sol, ¿quién tiene la culpa de que no le alumbre?

Si no existiera el infierno, el vicio que tanto reprueba Dios y la virtud que tanto

alaba, venían a tener el mismo resultado, y esto no es justo.

¿Estaría bien que un Nerón vg. y un San Luis Gonzaga y tantas almas penitentes y justas recibieran el mismo premio? ¿Quién conoce leyes sin sanciones? ¿Dónde hay un buen legislador que no castigue al que quebranta una ley? Sabiendo que Dios habla claramente en el Evangelio de un infierno eterno, no necesitaríamos recordar ejemplo alguno. Pero añadamos el siguiente:

El del Padre Baldinucci, italiano. De él se refiere en el proceso de su beatificación que predicando en la diócesis de Veletri (Italia), en una plaza pública en primavera, llena de árboles frondosos, dejó de hablar en medio de su sermón, y hecho gran silencio, dijo: «Lo mismo que en el otoño el vendaval arroja al suelo las hojas de los árboles, así he visto yo caer innumerables almas al infierno». Y al momento todas las hojas verdes de aquellos árboles cayeron al suelo y causaron gran impresión en los oyentes siendo todos ellos testigos.

No seas supersticioso

Dios encargó a los israelitas por medio de Moisés que no imitasen las abominaciones de los pueblos que iban conquistando, y así les dijo: *«No se halle en medio de ti, quien haga pasar por el fuego a su hijo o a su hija, ni quien consulte a espíritus o adivinos, o pregunte a los muertos. Porque todo aquel que hace estas cosas es abominable ante Yahvé, tu Dios»* (Dt. 18,10-12).

Las personas ignorantes en religión suelen caer en supersticiones, atribuyendo a las cosas criadas un poder o virtud oculta que ni la naturaleza, ni la Iglesia, ni Dios les han comunicado.

Superstición es creer vg. que ciertas cédulas o cadenas de oraciones que se mandan repetir hasta nueve o más veces, porque si no se hacen vienen castigos o haciéndoles tendrá uno suerte, se deben romper en el acto y no hacer caso de estos u otros medios supersticiosos, como las de echar las cartas o suerte por las rayas de las manos, etc.

El *espiritismo,* especie de hechicería, que tiene como fin invocar al espíritu de un muerto, es cosa abominable ante Dios, y la

Iglesia de Jesucristo dice: *«Evocar las almas de los muertos para recibir respuestas está totalmente prohibido y es ilícito y malo el hacerlo»* (Dt. 16,54). Además el espiritismo influye en enfermedades nerviosas y mentales.

Ni hay que creer en la *reencarnación,* o sea, en la falsa creencia de que al morir una persona, su espíritu pasa a otro ser viviente. «Vivimos una sola vez. No hay reencarnación» (LG. 48). *«Después de la muerte viene el juicio de Dios»* (Heb. 9,27).

No hay que creer en amuletos, el mal de ojo, en el número 13 o el martes pues todos los días son buenos como hechos por Dios.

Lo más acertado para no errar es creer en el Magisterio de la Iglesia, fundado por Jesucristo, porque obedeciendo a este Magisterio es obedecer al mismo Jesucristo (Mt. 28,19).

Tus devociones sean sólidas

Entre nuestros deberes religiosos el primero es amar y adorar a Dios por ser nuestro Creador y Redentor. Así nos está reve-

lado: *«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas».*

Después de Dios debemos venerar a los santos y de un modo especial a la Virgen María por ser la Madre de Dios, y entre los santos hemos de tener gran devoción a San José, y de este gran santo tenemos que decir: Que fue un santo excepcional y merece le nombremos como el primero entre todos los santos. Se le llama «el santo del silencio» porque en los Evangelios no vemos consignada palabra alguna salida de sus labios, pero las frases que vemos en ellos «varón justo», «esposo de María» y «padre de Jesús» lo ensalzan ya de tal manera que lo colocan sobre todos los santos.

En la frase «varón justo» se encierra un gran panegírico, por cuanto en el lenguaje bíblico la palabra «justo» indica compendio de todas las virtudes. *Justicia* en la Biblia, no es sólo una virtud que consiste en dar a cada uno lo que es suyo, sino que equivale a *santidad,* y la santidad no es otra cosa que conjunto de virtudes, y San José las practicó todas.

San José se casó con la Virgen María, la cual tenía hecho voto de virginidad, se-

gún indicó el ángel al oírle decir que iba a ser Madre del Altísimo, pues le contestó: *«¿Cómo podrá ser esto si no conozco varón?»* (Lc. 1,34), y como entonces ya había dado palabra de matrimonio a San José, y le satisfizo la explicación del ángel de que concebiría no por obra de varón, sino por virtud del Espíritu Santo, y entonces fue cuando asintió diciendo: *«Hágase en mi según tu palabra»*, esto no tiene otra explicación más que ésta: Que tanto ella como San José tenían hecho propósito de vivir en perpetua continencia, siendo así San José para la Virgen custodio de su virginidad.

Y el matrimonio entre San José y la Virgen, aunque tenían hecho voto de virginidad, fue verdadero matrimonio, porque su esencia no consiste en la unión de los cuerpos, sino en la unión de los espíritus o contrato que se realiza.

Santa Teresa de Jesús, la gran doctora española nos estimula a ser muy devotos de San José, y llega a decir: «No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa alguna a San José que la haya dejado de hacer...».

Ten devoción a la Santísima Virgen

La Biblia considera a la Virgen como a la más excelsa de todas las criaturas por ser la destinada a ser Madre del Altísimo, del llamado Hijo de Dios (Lc. 1,32 y 35), *la bendita o más alabada entre todas las mujeres, la que todas las generaciones llamarán bienaventurada* (Lc. L 28 ss). Y el Concilio Vaticano II nos dice que ella ocupa después de Cristo el lugar más alto y el más cercano a nosotros, pues ella «por la gracia de Dios, después de su Hijo, fue exaltada sobre todos los ángeles y los hombres» (LG. 53-54).

Por querer Dios venir a la tierra por medio de ella, por eso la adornó con toda clase de dones y de gracias y la hizo Inmaculada y permaneció siempre Virgen y fue asunta al cielo en cuerpo y alma.

San Alfonso María de Ligorio dice que «es imposible, moralmente hablando, que el verdadero devoto de la Virgen se condene», y el que le rece tres Avemarías con verdadera devoción se salvará...

(Véase mi libro: *LA VIRGEN MARÍA a la luz de la Biblia)*.

Los dos caminos y los estados de vida

Jesús nos dice en el Evangelio: *«Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella. ¡Qué estrecha es la puerta y trabajoso el camino que lleva a la vida, y pocos son los que lo encuentran»* (Mt. 7,13 s).

A todos nos ponen delante dos caminos: el del bien y el del mal; EL del bien es estrecho, es el de los vencimientos, y el del mal es ancho, basta ponerse en la pendiente para seguir el camino de la perdición. También leemos en la Biblia: Delante de vosotros está la vida y la muerte, la bendición y la maldición, escoged. Somos libres para seguir por el camino que Dios nos pone delante. El de la bendición es el que Él nos traza en sus santos mandamientos.

Pero yo ahora quiero fijarme en los estados de vida que Dios pone ante todos especialmente ante los jóvenes. Hay tres estados de vida: El sacerdocio, el matrimonio y la virginidad (o vida religiosa en el claustro o en el mundo). En todos estos estados nos dice el Concilio Vaticano II nos podemos santificar.

Los más se inclinan por el matrimonio por ser tendencia que manifiesta la naturaleza y los que se inclinan por un estado de vida religiosa son los menos.

Los casados se santifican entregándose a su trabajo con espíritu de caridad, ayudándose a lo largo de su vida y recibiendo con alegría los hijos que Dios les dé, educándolos en la doctrina cristiana y enlas virtudes evangélicas.

A los casados digo: Fijaos en la frase: «Recibirán con alegría los hijos que Dios les dé». No os dejéis llevar de la vida cómoda impidiendo tener hijos pudiéndolos tener y educar. He visto que algunos se han conformado con uno o dos y se les han muerto y están solitos en la vejez, sin tener quienes les atiendan. Me dio pena un día oír a un párroco: «En mi pueblo no tengo niños de primera comunión y casi no hay ya niños, todos son viejos, falta la alegría por la falta de niños que corran por las calles y aparezcan bulliciosos con sus juegos... En este sentido España se va envejeciendo, y por eso cabe preguntar a muchos padres: ¿Dónde están los hijos que Dios destinaba a ver la luz del día? ¿No será un gran crimen arrojar a la nada seres llamados a la

vida eterna? Padres de familia, pensadlo para no ser responsables ante Dios, pues os puede llegar el día de veros abandonados en vuestra vejez... Piensen también los jóvenes que se van a casar que el fin del matrimonio es remedio de la concupiscencia y criar hijos para el cielo...

La vida religiosa. ¿Cuántos piensan en ella? ¿Cuántos estiman la virginidad? ¡Jóvenes, pensad en su valor, no la perdáis antes de tiempo!

Juan Pablo II ha dicho: «El tema de la vida religiosa es uno de los más bellos de entre los que nos ha hablado y nos habla constantemente el Evangelio», mas no todos entienden el valor y ventajas de esta vocación, siendo pocas las almas que responden a la invitación insistente de Cristo que dice: *«No hay nadie que haya dejado casa o mujer o hermanos o padres o hijos por el Reino de Dios, que no lo recobre multiplicado en el tiempo presente, y en el siglo venidero la vida eterna»* (Lc. 18,29-30).

Si muchas jóvenes considerasen el valor y la belleza de una vida consagrada y de entrega a Dios, y previesen las cruces y sufrimientos que le esperan en el matrimo-

nio, ¡cántas se consagrarían a Dios y renunciarían a los placeres efímeros del mundo!

Si se dieran cuenta de la alegría y dicha de que disfrutan las religiosas y del camino seguro de salvación, no dudo que los institutos religosos y los conventos se verían abarrotados de almas consagradas. Los que se sientan capaz de este don, ¡adelante!

Haz bien y no mires a quién

Hacer mal es de corazones ruines. El que hace mal a otros, a sí mismo se lo hace. *«No te canses de hacer el bien, procura vencer el mal a fuerza de beneficios»* (Rom. 12,21).

Pongo fin a este libro con los siguientes ejemplos que nos deben estimular a hacer el bien a todos y sembrarlo por todas partes. Jesús nos manda amar a nuestros enemigos, y nosotros también debemos amar a todos, a amigos y enemigos. Esto es ser buenos cristianos.

1) *Diógenes* estaba un día plantado como un palo en la esquina de una calle, riéndose como un loco. ¿Por qué te ríes? le dijeron. ¿Véis, respondió, aquella piedra

que está en medio de la calle? Ya han tropezado en ella más de diez personas. Después de tropezar la miraban y la maldecían; pero ninguno la ha apartado para evitar que otro pudiera tropezar.

Ninguno pensaba en los demás, sino sólo en sí mismo, ¡El maldito egoísmo! ¡Qué poco se practica la caridad cristiana!

2) *El delfín de Francia, hijo de Luis XVI,* estaba preso y en manos de un rudo carcelero que vengaba en el pobre niño indefenso, el delito de haber nacido rey. Un día le preguntó el carcelero: ¿Qué harías tú, Capeto, si los vendeanos te pusieran en libertad? ¿Qué harías conmigo? ¿Me mandarías ahorcar? El pobre huérfano contestó sencillamente: Te perdonaría. ¡Qué cosa más hermosa es saber devolver bien por mal!

3) *Siendo obispo de Mantua el futuro San Pío X,* un comerciante de dicha ciudad estaba al borde de la quiebra, y el obispo entregó a una de sus feligresas determinada suma de dinero para que, callando la procedencia, la hiciese llegar a manos de aquel hombre. La señora exclamó:

—Pero ese hombre es el autor de un libelo anónimo contra usted.

—Razón de más para que mi caridad sea tan anónima como sus injurias, contestó el gran apóstol.

4) *Josefina Vilaseca,* La María Goreti española, comulgaba diariamente en el Sanatorio de San José, en Manresa, y, pensando en su asesino, decía: Le perdono y ruego a la Virgen por él. No quiero que le maten; ofrezco mis comuniones para que se convierta, se confiese y sea bueno.

Hacer bien a todos es de corazones grandes. Tu haz fecunda tu existencia haciendo alegremente el bien. Sé —en medio de tantos odios— una sonrisa de bondad y de amor. *«La memoria del hombre justo será eternamente celebrada»* (Sal. 111,10).

Desprendimiento

Ni voy de la gloria en pos,
ni torpe ambición me afana,
y al nacer cada mañana
tan sólo le pido a Dios,
casa limpia en que albergar,
pan tierno para comer,
un libro para leer
y un Cristo para rezar.

Que el que se afana y agita,
nada encuentra que le llene,
y el que menos necesita,
tiene más que el que más tiene.

* * *

Por maravilloso modo su capital centuplica
quién aquí se sacrifica
y por Dios lo dejó todo
¿Qué dejó? ¡Un poco de lodo!
¿qué le dan en cambio? ¡El Cielo!
Señor que dulce consuelo
pues lo que también pagáis
si cielo por tierra dais
por vos enmendarme quiero.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 3

LECCIONES PRÁCTICAS

Los jóvenes de ayer y de hoy 7
No andes triste. Siembra la alegría 8
El papel de la madre 10
Hacen falta madres 13
... y también hacen falta buenas jóvenes 14
Consejo a los jóvenes y a las jóvenes en tiempo de relaciones 16
No seas ignorante en religión 18
Necesidad del Catecismo 20
¿Para qué estás en este mundo? 22
La vida es un paso sobre un puente ... 24
No te apegues a tu palacio 25
Obra bien. Dios te ve 26
El tiempo pasa y nosotros con él 28
Sé amante del trabajo 29

Sé observante de la ley de Dios 31
Observa los mandamientos de la Iglesia 33
Emplea bien la libertad 34
Evita todo placer impuro.................... 36
No te dejes llevar de la pasión del juego 38
Evita el mal de la embriaguez 39
No seas blasfemo 41
Líbrate de la droga y de la enfermedad del «Sida» 43
Sé hombre de carácter 46
No seas católico de solo nombre 47
Debes profesar la religión verdadera . 49
Destina todos los días un rato a leer la Biblia 52
La Biblia lleva el sello de Dios 54
Ten en gran estima la Tradición Apostólica 55
Documento antiquísimo de verdadera tradición 57
Recemos. Todos dependemos de Dios 58
¿Cuál es el mejor método para orar?.. 60
Todos necesitamos de Dios 62
Tenemos que contar siempre con Dios 63
Cantaré eternamente las misericordias del Señor 65
Procura la verdadera felicidad 67

Sé hombre de fe 68
Profecías de Jesucristo 71
Pecados que hemos de evitar 73
Aprende a sufrir 80
¿Cómo me presentaría yo ante el juicio divino? 82
¿Puede castigar Dios con el infierno? 84
No seas supersticioso 86
Tus devociones sean sólidas 87
La devoción a la Santísima Virgen..... 90
Los dos caminos y los estados de vida 91
Haz bien y no mires a quién 94
Desprendimiento 96

OTROS LIBROS DEL AUTOR

La Biblia más Bella, con 80 pág. ilustradas a todo color
La Biblia a tu alcance. Es un catecismo de la Biblia
Catequesis Bíblicas, siguiendo el Catecismo
Catecismo de la Biblia, para conocerla bien
Historia Sagrada o de la Salvación, muy ilustrado
Nuevo Testamento Explicado, con amplios comentarios
Tesoro Bíblico Teológico, con muchos temas sapienciales
Evangelios y Hechos Apostólicos, compends. e ilustrados
Jesús de Nazaret, con 120 pág. y muchas ilustraciones
Dios te habla, con palabras de la Biblia
El catecismo Ilustrado, de 160 pág. muy ilustradas a todo color
El Catecismo más Bello, muy ilustrado a todo color
El Matrimonio. Preparación y cómo vivirlo
Bautismo y Confirmación. Para prepararse a recibirlos
¿Existe Dios? Vea las pruebas más claras de su existencia
¿Existe el Infierno? Lo dijo Jesucristo y lo afirma la Biblia
¿Existe el Cielo? La felicidad verdadera y eterna
¿Quién es Jesucristo? Se prueba que es Dios
¿Quién es el Espíritu Santo? Es el Dios que vive en tí
¿Por qué no te confiesas? Es muy fácil y te conviene
¿Por qué no vivir siempre alegres? Razones para alegrarse
¿Seré sacerdote? Conveniencias y ventajas
Para ser Santo. Basta quererlo. Se humilde
Para ser Sabio. Importancia de las buenas lecturas
Para ser feliz. Te enseña a conseguirlo
Para ser Apóstol. Es muy importante y necesario
¿Por qué no eres Católico? Razones para serlo
La Buena Noticia. ¡Puedes ser feliz! ¡Dios quiere que lo seas!
La Caridad Cristiana, resume todas las virtudes
La Bondad de Dios. Trata de lo mucho que nos ama
La Santa Misa y su valor infinito. Aprovéchate
La Virgen María a la luz de la Biblia. Muy importante
La Penitencia ¿qué valor tiene?
La Formación del Corazón. Aprende a dominarte
La Formación del Carácter. Edúcate a tí mismo
La Reforma de una Parroquia. Como hacerlo
La Matanza de los Inocentes. El gran crimen del aborto
La Senda Desconocida. La virginidad